

legislativo gaditano. Así, por ejemplo, gracias a franceses y doceañistas, y a solicitud del vecindario, pudo construirse la plaza de Santa Cruz en el solar del antiguo convento del mismo nombre. La obra secularizadora de José Bonaparte fue continuada; aunque no tanto como para que desapareciera la «acentuada clericalización», tan característica a juicio de Cuenca de la etapa constitucional. Tampoco la nobleza fue desplazada de la corporación municipal, donde, sin embargo, faltaban por completo los representantes populares.

El primer año liberal fue difícil. La expulsión de los franceses atrajo a la ciudad una riada de refugiados, y esto, unido a la mala cosecha, originó problemas de abastecimientos. A finales de 1813, las dificultades habían pasado y la creación de la Diputación Provincial (inspirada también en modelos franceses, según ha señalado Enterría) contribuyó a que los seis meses que todavía duró el régimen liberal fueran fecundos para la ciudad y su región. La Diputación fomentó el sistema productivo, favoreció la agricultura, creó cátedras de economía política y centros de primera enseñanza, estudió la mejora navegable del Guadalquivir, etcétera... «Fue la institución liberal que mejor funcionó», escribe el autor. Y más tarde, los propios absolutistas se vieron obligados a reconocerlo así.

El liberalismo encontró su base en la naciente burguesía y en escasos (pero muy activos) miembros del clero. Los demás elementos clericales (mucho más numerosos), la nobleza y ciertos grupos del pueblo, hábilmente manejados, fueron los encargados de la triste tarea de cercenar el prometedor experimento.

El libro dedica un capítulo a la narración de la vida cotidiana en aquellos años, llena de curiosos datos sobre limpieza, cultura, moralidad, alumbrado, cárceles, sanidad, etcétera... A finales de septiembre del año doce había casi ochocientos sífilíticos tratándose en el Hospital de la Sangre. El número de prostitutas llegadas tras la expulsión de los franceses era tan grande y su actuación tan visible, que hubo de habilitarse una Casa de Reclusión, continuadora del antiguo Beaterio o Seminario de Niñas de la Santísima Trinidad (2). Un año más tarde funcionaban estaciones de baños en el Guadalquivir, costumbre que en otros muchos lugares no ha llegado hasta entrado este siglo: tal vez el tórrido verano hispalense favoreció tal precocidad. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

Las novelas de Reiner

Reiner no es precisamente un héroe, se trata más bien de un Superman que ha entendido el engranaje en que se mueven los hilos de nuestra época y que trata de sacar de ellos el mejor partido. A Reiner sólo le interesa el dinero, y su postura es la de no comprometerse con nada ni con nadie. No tener ni un único gesto de humanidad en toda su vida le permite conseguir la lucidez que precisa para salir airoso de sus descabelladas aventuras. Como premio, el botín completo y perfecto, por el que los demás perderán la vida. Una vida más o menos no tiene dema-

(2) Acaso aquí podría hallarse el origen de la segunda acepción que la palabra «niña» tiene en Andalucía, y que Antonio Burgos señalaba en el reportaje «Proceso en Sevilla», publicado en el número anterior.

siada importancia para Reiner, y jamás pestañeará ante un cadáver destrozado o ante un espectáculo brutal; se trata siempre de los otros, y los otros son seres menores que sueñan con arreglar el mundo, que creen quizá en la fuerza de las ideas, y que tratan, cada uno en su puesto, de organizar una revolución o una contrarrevolución que vuelva las cosas a su cauce. Reiner se introduce entre ellos para sacarles lo único que le interesa. Lo demás son cosas inútiles o inventadas para que él viva mejor.

En un ambiente descarnado, frío y bestial, Klotz describe las aventuras de su «gángster» Reiner (1), un hombre que fuma toda clase de cigarrillos y que persigue fríamente sus objetivos. A su modo, Klotz desvela algo de nuestro mundo; la misma frialdad de su personaje le vale a él para narrar nuestra época; la misma falta de compromiso de Reiner se imagina en Klotz, aunque un cierto aire de humor y de lejanía circunda su punto de vista. Si Reiner es un personaje despreciable, nada de lo que le rodea lo es menos. Los nazis y los gauchistas, los dictadores sudamericanos, el amor como prueba de machismo, la policía como órgano de represión, son los ambientes de Reiner. Y aunque su autor no hace consideración moral alguna sobre ello, limitándose a describir lo que considera la normalidad ambiente en su estado natural, no es menos cierto que las descripciones utilizadas, las situaciones inventadas quieren resaltar esa deshumanización general, esa bestialidad nada reprimida. El cinismo de Reiner es también el de su autor, quien, de un plumazo detalla la manzana de

(1) *Casse Cash y Putsch Punch*, de Klotz. Editorial Lala. Colección Serie Negra.

turno como podría hacerlo un fiel ejecutivo del orden. Así, el novelista francés utiliza un estilo directo, de estadística, sin florilegios verbales ni lirismos anacrónicos. Sólo Reiner entiende la vida; quizá podría haberse comprometido con algo o con alguien, pero ha entendido en algún momento de su vida que cuanto le rodea acabaría pareciéndose a lo que ahora hace. Su trabajo ha consistido en simplificar las cuestiones y dirigirse directamente a la esencia de su época. E inevitablemente, Klotz debe descubrir esa época, aproximarla al lector, sin ánimo de sorprenderle, sino como recordatorio. Sin la calidad literaria de Raymond Chandler y sin la imaginación de Maurice Leblanc (otros autores aparecidos en la misma colección), Klotz nos sumerge en un tipo de literatura que, cuando menos, tiene la posibilidad de contarnos, con sus limitaciones y aciertos, cosas nuestras. ■ **D. G.**

La música española en el siglo XX

Crítico a veces apasionado, a veces combativo, y, por lo tanto, sometido a la servidumbre y a la grandeza de las opiniones propias; crítico, digamos, criticable o abierto a la crítica de los demás, Antonio Fernández-Cid ha escrito ahora una larga historia de la música española en el siglo XX, donde ha procurado reducir su función habitual de opinante a un mínimo para hacer una larga información del movimiento musical en nuestro país. Pueden surgir a primera vista algunas omisiones, como la de Antonio José o como la de Facundo de la Viña —ya señalada en estas páginas por Oscar Esplá; objeción a

la que rápidamente respondió Fernández-Cid anunciando que si hubiese una segunda edición, la ausencia sería rápidamente reparada—; podría parecer también que algunos nombres menores gozan de mayor atención que otros. Pero ahondar en estos defectos no pasaría de ser una mezquindad y, a fin de cuentas, la superposición del juicio crítico de quien lee o examina sobre el de quien escribe. Es difícil que un autor se abstraiga hasta el máximo extremo del mundo personal en el que vive.

Lo que cuenta en este caso es la enorme labor realizada al inventariar y ordenar un mundo tan caótico y tan disperso como es el de la música española, con tantas y tan distintas manifestaciones, agrupando desde autores a intérpretes, organizadores y promotores. Cuenta el examen que hace de las grandes figuras españolas, de las indiscutibles y también de las discutibles; de las que se fueron y de las que se quedaron. De los clásicos y los conformistas a los vanguardistas y experimentales. De los que están a gusto en el mundo musical existente a los que no lo están y querrían transformarlo, incluso radicalmente. Antonio Fernández-Cid, sea cual sea su posición personal frente a las de los otros, encuentra la manera de comprenderles a todos, y de estimularles, y de hacer ver la fuerza de su esfuerzo, y desde un absoluto respeto para creadores e intérpretes. Es algo que no es frecuente y por lo cual merece Fernández-Cid un gran elogio.

El libro está editado por la Fundación March, y es de los que justifican sin ninguna duda la función de esa obra. Una gran contribución al conocimiento de la música española en nuestro tiempo, hecha por quien es no solamente un conocedor de primera magnitud, sino

una persona que vive desde hace muchos años dentro del tema y para el tema.

Los premios El Cierro

Vicente Oscar Vetrano, de Buenos Aires, y José Verde Aldea, de Barcelona, han obtenido los premios El Cierro correspondientes a este año por sus artículos «Pacem in terris, diez años» y «La comunitat política i l'enciclica», publicados, respectivamente, en «Actualidad Pastoral» y «Questions de Vida Cristiana». El tema de este año versaba sobre el décimo aniversario de la «Pacem in terris».

Vetrano centra su trabajo en las novedades de la enciclica, entre ellas, su universalidad. Verde Aldea estudia el orden dinámico, de arriba abajo, abogado por la enciclica, donde se concibe el bien común como una serie de condiciones que permitan la plena realización de todos los hombres.

MUSICA

Carlos Santana, su banda y su música

La música de Santana comenzó a oírse cuando aquello que se dio en llamar «música progresiva» estaba, más o menos, en su apogeo. Todos echamos nuestro cuarto a espaldas en relación con el tema y,